



LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla.	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera.	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero.	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. XII
 PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA
 Sevilla, 16 de Setiembre de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico.	72 reales.	38 reales.
Filipinas.	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata.	80 id.	44 id.

REVISTA QUINCENAL

Se pone oscuro.

Es decir, viene el otoño, la estacion de las melancolías y de las hojas secas.

Ese olorcillo á tierra mojada, precursor de la estacion de los abrigos al brazo, las visitas á los cementerios y los bailes caseros, viene á sorprenderme por los balcones de mi estudio, llevando mi pluma y mis ideas á los espacios plomizos de la melancolía.

Adios, verano, adios; ya mis dolores

En tí no encuentran esperanza alguna;

Huye con tus estrellas y tu luna,

Con tus noches de músicas y amores.

Esto decia, no sé quién, y esto hubiera yo dicho hace algunos años cuando las nubes de color de rosa de las primeras ilusiones y *sic de caeteris* llenaban mi cabeza de viento y el viento de castillos de naipes.

En este momento, aunque me encuentro un tanto preocupado, como he dicho, con los preliminares de la estacion; aunque pienso en las hojas secas de Gustavo Adolfo Bécquer, en las rimas de Enrique Heine y en los paisajes al lápiz de nuestro paisano Sanchez Perier, doy mi enhorabuena al verano por su escapatoria número 1881.

En efecto; las chinches, los mosquitos, las corridas de toros domingueras, las sillas de la Plaza Nueva, los camelos de Eslava, las emigraciones veraniegas de los que se rien mientras otros lloran y se asan; todo ese cúmulo, en fin, de belenes de verano, me reconcilian con el otoño, estacion media que no es ni carne ni pescado, pero que tiene la ventaja de no ser fria ni caliente, como lo son respectivamente los sorbetes y el café con leche.

No hablemos más del asunto, y demos nuestro grito revolucionario y subversivo: ¡Abajo el verano! ¡Venga el invierno!

Un político.—¡Permitidme, querido; antes de ese cambio de estacion radical, está la época de mi legítimo mando, para preparar el terreno!

¡Soy el partidario del otoño!

Volverán las oscuras golondrinas, etc.

* *

Ya están ahí.

¿No lo saben ustedes? Pues están ahí los que se fueron; Julia, mi simpática rubia, y Alvantée, el rey de los equilibristas, la admiracion de los políticos de balancin, la honra de los que se caen y se agarran.

Ya están ahí, como siempre; ella con sus toneletes por encima de la rodilla, sus escotes bajos y su cabellera empolvada al uso romano; y él con sus músculos fornidos y su planta segura.

Yo, qué quieren ustedes que les diga, me pezero por la política y por las artistas ecuestres. Mi peseta y mi cuchara, en sentido figurado, por supuesto, están de parte de Cervantes y caerán del lado de Julia, que es casi tanto como caer del lado de la libertad.

Cervantes está confortable, la verdad; el nuevo arreglo dado á ese desdichado local, que suele quedarse casi siempre aderezado y sin novia, es muy apropiado para la clase de espectáculo que hoy en él se exhibe, y si el público da en ello y la Empresa no se duerme en las pajas, creo que tendremos circo para rato.

En la inauguracion la concurrencia era escogida y numerosa, y los artistas lucieron lo que pudieron y sacaron á luz los trapitos de cristianar. No quiero acordarme de las cosas que ví, porque me entenezco.

Para que la Empresa lo eche, si no lo cree conveniente, en saco roto, vamos á darle un consejo. En el mismo teatro vimos hace tiempo un cuerpo de baile circense, que hacia gran *pendant* con los trabajos gimnásticos y que dió algunas semanas de animacion á la compañía mediana que allí actuó antes de que viniese á Sevilla la del Sr. Diaz.

Yo, si fuera él, habia de contratar algo que recordara á los Baretta, que son los artistas á que me refiero.

Conozco el paño, amigo D. Enrique, y sé que habia de coronar la empresa una contrata por ese estilo.

EL DÓMINE LÚCAS.

LATOUR

La muerte trabaja sin descanso ni tregua, y á cada momento su segur despiadada deja dolorosos claros en nuestras filas, que es muy difícil cuando no imposible reparar. Parece que escoge sus víctimas con preferencia entre las más ilustres, y que los hombres eminentes son blanco especial de sus tiros. Tal vez sea esto verdad, porque los sabios, segun expresion de un escritor distinguido, son como los cirios, que alumbrando á los demás se consumen ellos; mas tal vez será ilusion, por ser más notable su falta, mayor el vacío que causa su ausencia. Son luces que nos abandonan, guias que perdemos, amigos que nos preceden en la senda de lo desconocido.... y por eso nos lastima tanto el recuerdo.

Ayer llorábamos á Hartzenbusch y á Adelardo Ayala; poco ántes perdimos á Escudero y á Fernandez Espino.... despues de Ruiz de Aguilera y de Juan José Bueno, lamentamos hoy la falta de D. Antonio de Latour.... ¡Víctimas ilustres! Al consagrarles un recuerdo, nos elevamos hasta una esfera superior; evocamos sus nombres como los de nobles antepasados, y nos acercamos á su mansion eterna.

No á engrandecer, sino á admirar su gloria.

I

D. Antonio de Latour ha muerto. No vamos á trazar en este artículo su biografía. Nos faltan los datos para formarla, y tampoco tenemos la tranquilidad de ánimo necesaria para ordenar la vida del escritor insigne, del hombre eminente cuya dilatada existencia se consagró al estudio y á la

virtud, cuyos dias pasaron entre la enseñanza y el ejercicio de la caridad.

Muchas obras se deben á la elegante y graciosa pluma de Latour, que han extendido la fama de su nombre, tanto en Francia como en España. Sus libros son tan amenos como profundos, tan doctos como agradables, tan juiciosos y meditados como bellos. Una vez empezados, es difícil dejarlos de las manos. El talento del escritor se refleja en todos; el arte de cautivar los avalora, pero además encuéntranse en sus páginas esos rasgos inapreciables de carácter que nos hacen familiarizar con el autor, porque son destellos de la bondad de su corazon y de la nobleza de sus sentimientos. En todos los trabajos de Latour, en sus más breves artículos, se encuentran reunidas las cualidades que le adornaban: profundidad de pensamiento, belleza de forma, elevacion de sentimientos....

Nosotros amábamos á D. Antonio de Latour ántes de conocerlo, como le han amado todos cuantos han gozado sus escritos. Al leer por vez primera su obra titulada *Études sur l'Espagne. — Séville et l'Andalousie*, admirábamos el talento del escritor que de tan nuevo modo nos presentaba la historia de las poblaciones, de los monumentos y de los personajes de nuestro país, y ansiábamos saborear otros escritos de su pluma. Cuando leímos *La Baie de Cadix* ya tuvimos otro deseo, el de conocer al autor, el de procurarnos la amistad de aquel extranjero, á quien por sus escritos podia juzgarse desde luego calificándolo de *sabio, noble y bueno*. Veinticinco años de amistad muy estrecha, nos hacen llorar hoy la pérdida de aquel hombre ilustre, á quien hemos considerado siempre una gloria de España. (I)

Porque una de las condiciones que demostraban la elevacion del carácter de Latour, y que le hacian tan simpático para todos, era su amor á España, su profundo estudio y atinado juicio sobre las cosas de nuestro país, á las cuales se consagraba con ardiente preferencia. Francés de nacimiento, llevando con legítimo orgullo su nacionalidad, consagrándose á la gloria de su patria, todavía daba cabida en su corazon á otro amor ardiente y cantaba con entusiasmo las glorias españolas. Elocuentísimo testimonio dan de ello sus escritos.

El cantor de *Juana de Arco* es el cronista de *Nuestra Señora de Valme* y el narrador de *La Virgen de la Servilleta*; la misma musa que cantaba *Las ruinas de Pierrefonds* y *El cementerio de Montmartre*, lamentaba la destruccion de *El Arco de Sancho Ortiz* y *Los marmolillos de Maese Rodrigo*, inmortalizados por la mencion que de ellos hizo Cervantes.

Al par que á Corneille y á Molière, estudiaba Latour á Lope de Vega, á Ruiz de Alarcon y á Mo-

(1) Poseemos con expresivas dedicatorias autógrafas, las siguientes obras de Latour.—*Séville et l'Andalousie*.—*La Baie de Cadix*.—*Toledo et les bords du Tago*.—*Valence et Valladolid*.—*L'Espagne religieuse et litteraire*.—*L'Espagne. Traditions, moeurs, litterature*.—*D. Michel de Mañara. Poésies complètes*.—*Psyché en Espagne*.—*Études litteraires sur l'Espagne contemporaine*.—*À mes amis d'Espagne*.—*Chemin faisant*.—*Fleurs de Castille et d'Andalousie*.—*À mes amis de tous pays*.—*Pèlerinage aux pays de Jeanne d'Arc*.—*Poésies de la V. M. Gregoria Francisca de la Parra*.—*Algunas poesías de D. Antonio de Latour, traducidas ó imitadas por varios ingenios españoles*.—*Comment un tableau de Murillo fut volé en Espagne, retrouvé en Amerique, et rendu à Séville*.

reto; y difundía en Francia con su ilustrada crítica la fama de Fernando de Gabriel, de Gaspar Bono Serrano, del Marqués de Cabriñana y de Fernan Caballero.

II

El último servicio que D. Antonio de Latour ha hecho á las letras españolas, ha sido el de conservar el único retrato verdadero de esta célebre escritora, que hoy, por singularísima y feliz casualidad, adorna las columnas de LA ILUSTRACION BÉTICA.

Doña Cecilia Böhl era para nosotros objeto de un afecto especial, de una admiración profunda.... En su casa nunca podía estarse poco tiempo, porque su conversacion siempre amena, interesante y entretenida, cobraba nuevos y mayores encantos en la verdadera intimidad. Fernandez Espino, Fernando de Gabriel y algunos otros nos contábamos en el número de aquellos íntimos. Latour era el predilecto.

Muchas veces habíamos pedido á Fernan Caballero su retrato; y apesar de su bondad, nunca agotada, se resistía tan dulce como tenazmente. Era tan firme, tan decidido su propósito de pasar oscurificada, que no quería se reprodujera su figura, principalmente por el temor de aparecer en los periódicos; y esta tenaz resistencia sólo cedió ante el deseo de la Serma. Sra. Infanta Duquesa de Montpensier y de su augusto esposo. Madrazo pintó el retrato que se conserva en la biblioteca del Palacio de San Telmo; pero todavía se opuso la distinguida escritora á que se hicieran de aquél reproducciones fotográficas. (1)

Á su fallecimiento, el notable y estudioso artista D. Antonio A. Morgado, invitado, segun tenemos entendido, por el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa, gran admirador de la insigne novelista, trazó de memoria otro retrato, que sirvió de original para el busto de mármol que hoy se ostenta en la casa donde exhaló su último aliento.

Júzguese, pues, de nuestra sorpresa y alegría, al recibir carta de nuestro querido Latour, fechada en Scéaux á 27 de Junio de este mismo año, en la que despues de otras noticias literarias, decia:

«Yo tambien, á mi modo, he emprendido una cosa en favor de nuestra querida España. FERNAN CABALLERO me habia regalado una fotografia suya, que la representaba enseñando la lectura á una niña del pueblo; he sabido despues de la muerte de nuestra ilustre novelista, que de esas fotografías dos solamente existian. La otra la poseia S. A. R. Usted sabe el talento que desarrollan en este siglo los aqua-fortistas. Uno de los mejores es amigo mio. Le he encargado de hacerme un retrato de FERNAN sacado de la fotografia consabida. Hace casi dos años que le he esperado; pero en fin, ha venido, y no me atrevo á decir lo bien que me parece haber salido. Nada deseo tanto como ofrecerle á usted un ejemplar de este retrato; pero ¿cómo enviarlo á usted de un modo seguro? No quisiera esperar hasta la vuelta á Sevilla de SS. AA. RR.; buscaré un medio, búsquelo usted por su lado y me lo diga. Me propongo aprovechar la ocasion para enviar algunos ejemplares á otros amigos de FERNAN, y entre ellos á Fernando de Gabriel. Hágame usted el favor de decirselo. Quisiera tambien que usted me hiciera el gusto de indicarme algunos otros amigos á quien regalarlo. ¿Quién vive todavía de los parientes del ilustre escritor?»

Aún no habíamos dado contestación á esta carta, esperando á nuestra vez conducto seguro para remitir á Latour algunas medallas de las que la Diputación Provincial de Sevilla ha hecho acuñar para perpetuar la memoria del segundo Centenario de D. Pedro Calderon de la Barca, destinadas á la Biblioteca Nacional de París y á la Academia, cuando recibimos otra, fecha 19 de Julio, última vez que habíamos de ver su letra! En ella decia:

«Quisiera ya ver en sus manos el retrato de FERNAN, y hasta que tenga la ocasion segura de enviar á usted para usted y algunos otros amigos los ejemplares ofrecidos, quiero ensayar de dirigir uno á Sevilla por el correo. ¿Llegará ó nó? En fin, irá fuera de cuenta,

(1) Nunca olvidaremos el malísimo efecto que causó á nuestra buena amiga la publicación de un grabado de este retrato de Madrazo.—Una mañana recibimos la esquela siguiente:

«Amigo mio: Recibe usted La Flor de Lys? Caso que sí, le estimaría me mandase el último número, para ver si es cierta una cosa que me han dicho y que me resisto á creer.

Su más amiga S. M. B., FERNAN CABALLERO.—19 de Junio 75.»

Aquella misma noche le llevé el número del periódico, y al ver el retrato me preguntaba con cómico despecho:—*¿Pero, amigo mio, soy yo así? ¿Es esto mi retrato?—* Como desquite de aquel mal rato, dió á nuestro amigo D. Ramiro Franco el dibujo de un retrato que conservaba de sus años juveniles, y que salió á luz en *La Ilustración Española y Americana*, en Diciembre del mismo año 1875.

y tendré su opinion: me aseguran que llegará. Abra usted con cuidado el carton que lo tiene encerrado.»

Con efecto, al mismo tiempo que la carta, y perfectamente acondicionado, llegó á Sevilla el grabado al agua-fuerte ejecutado por Mauricio Leloir, de una manera admirable, y del que es reproducción tan perfecta, como artística, el que con extraordinario talento ha hecho D. Tomás Povedano.

La impaciencia de Latour era una inspiración tal vez, quizá un presentimiento. En el mismo punto, al recibir el grabado, le escribimos dándole lista de algunos amigos á quienes podía obsequiar con el retrato de *Fernan Caballero* (1) y felicitándole por la idea y por su feliz desempeño.... Esta carta ha quedado sin respuesta. En lugar de las letras del amigo queridísimo, nos sorprendió en los periódicos la noticia de su muerte, tan dolorosa como inesperada.

Verdad que en esa misma carta de 19 de Julio, concluía diciendo:

«Hoy padezco bastante, apesar de que he tenido bastante buena noche; pero tenemos desde algunos dias unos calores que son por sí solos una verdadera enfermedad...»

..... Dicen que son pocos remedios los que son útiles para esta mia (asma) y que es preciso resignarse. Me resigno á todo, ménos á no poder escribir sino con mucho trabajo.»

D. Antonio de Latour murió haciendo un post-trer beneficio á España. ¡Felices los que como él, al separarse de este mundo para gozar una vida mejor, dejan aquí sus obras como muestra de su bondad y de su inteligencia, y un tierno recuerdo de amor en cuantos le conocieron!

J. M. ASENSIO.

LA MUERTE DE SAFO

Áura süave, que del mar Egeo
Leve acaricias las azules ondas,
Tiende tus alas y á Sicilia lleva,
Lleva mi canto.

Vé: que al ingrato, fugitivo amante
Llegue el suspiro que exhaló mi pecho;
Eco amoroso que vibró en mi lira
Lánguido y triste.

¡Ah! si él pudiera contemplar mi llanto
Tal vez piadoso mi dolor calmara;
Estro divino, inspiracion sublime
Diera á mi mente.

¡Miser! ¡Debo de Faon acaso
Dulces caricias esperar de amores?
Sólo desdenes á mi pecho guarda....
¡Pérfido amigo!

¡Oh! que Neptuno su velera nave
Hunda en las olas del soberbio Ponto:
Venguen los dioses mi terrible afrenta;
Muera el perjurio.

¡Ay! que mi labio sin querer le ofende:
Tú, mi adorado, mi Faon querido,
Vive aunque olvides para siempre á Safo;
Yo te perdono.

Hora en tus brazos mi rival dichosa
Tal vez escuche tus palabras tiernas;
Yo gimo en tanto y por mi bien anhelo
Sólo la muerte.

Así en la triste playa silenciosa
Del Léucade, gemia
La poetisa infeliz, honor de Grecia.
Torrentes de armonía
De su lira brotaban, y llorosa
Daba al viento sus lánguidos cantares,
Pero su voz doliente se perdía
Como la voz del náufrago en los mares.

En vano, en vano la mirada ansiosa
Inquieta fija en el cristal sereno
Del pacífico mar; en vano espera
Con triste corazón de angustia lleno
Ver llegar la tireme salvadora
Que le devuelva á su Faon querido:
Horrible soledad aterradora
En torno de ella impera;
Y por montes y valles repetido
El eco sólo á su clamor responde.
¡Oh tormento cruel! ¡Adónde, adónde
Hallar pudiera á su dolor consuelo,
Si su amante la deja en el olvido
Y al par le niega su favor el cielo?

Con paso vacilante,
Pálido el rostro, incierta la mirada,
Dirígese anhelante
Á la selva tranquila y apartada
Do se alza el templo del divino Apolo.
Llega ante el ara y trémula se inclina:

(1) Á reserva de mandarle otra lista, incluimos en la primera al Conde de Casa-Galindo, Eduardo Cano, Palomo, Guichot, Lamarque, D. Servando Arbó, D. Francisco Bermudez Cañas, García Valero, Povedano, Cano y Cueto y algunos más.

—*«¿Cuál será al fin la suerte,
Al venerable arúspice pregunta,
Que el cielo airado á mi pasión destina?
¿Eterno es mi dolor?»—«Sólo la muerte
Podrá tu amor y tu fatal quebranto
De tu pecho extinguir.»—con voz severa
El sacerdote dice, y muda, inerte,
Anegada su faz en triste llanto,
La hora terrible de su fin espera.*

Mas súbito se alza altiva y fuerte;
Suspiros ya no exhala, ya no llora,
Que su pecho rencor á mi pasión abriga;
Y con mirada audaz, provocadora,
Retar parece al Dios que la castiga.

Tal vez en alas de su genio ardiente
Eleva hasta el Olimpo el pensamiento,
Y dichosa un momento
Con los dioses supremos se compara.
Tal vez guiada por su amor vehemente,
De Pirra y Deucalion la grata historia
Recuerda llena de esperanza y vida,
Y en la ilusión quimérica perdida
De sus sueños de gloria,
Ver de nuevo á su amante se figura
Estrecharla ardoroso entre sus brazos
Palpitante de amor y de ventura.
¡Oh, cómo entonces los estrechos lazos
Que aprisionan el alma
Romper intenta con afán su mente
Y libre alzarse en venturosa calma!
Brilla un destello en su elevada frente
De inspiración sublime, y portentosa
Ve la fama crecer de su renombre,
Salvando de los siglos la ominosa
Y destructora huella:
Así tambien en triste y tormentosa
Noche de invierno, fugitiva estrella
Luce un momento fúlgida en el cielo,
Para ocultarse, macienta, en breve
De parda nube tras el denso velo.

¡Si, su esperanza huyó! Cual niebla leve
Del ábrego fugaz arrebatada
Sus ensueños de amor se disiparon.
Tres veces ¡ay! los cándidos albores
De la aurora gentil, iluminaron
La floresta encantada,
Del mar tiñendo las cerúleas ondas
De oro y grana en purísimos colores,
Y ella en vano esperó... Desalentada
Vedla ya caminar hácia el horrendo,
Profundo abismo con incierta planta;
Mas ¿qué rumor extraño se levanta
Y viene á herir su oído en són tremendo?
Es que el pueblo de Grecia, presuroso,
En inmenso tropel impetuoso,
Acude á presenciar el sacrificio
De la sin par cantora,
Á quien Sicilia consagrara estatuas,
Á quien Aténas entusiasta adora.

Cual las olas del Ponto, que iracunda
Y horrible tempestad desencadena,
La turba, así, que la ribera inunda,
Bulle y se agita de impaciencia llena.
Safo aparece al fin: en la alta cumbre
Del Léucade se muestra, y silenciosa
La multitud la admira;
Mas el dolor se pinta en los semblantes,
Que al par que admiración piedad inspira.

Lívida y temblorosa,
Suelto el cabello en trenzas ondulantes,
Hácia el piélago inmenso que la espera
Sus pasos apresura,
Mas detiénese un punto, y su mirada
Fija del ancho mar en la llanura.
—«Faon, Faon,—exclama,—tú en la fiera
Sima del mal me hundiste, y desgraciada
Me has hecho con tu amor, mas vendrá un día
En que llores, cruel, la suerte mia.
Del mundo aborrecido, y agobiado
De vergüenza y dolor, con triste acento
La muerte invocarás, mas ella impía
Se burlará tambien de tu lamento.»—
Dijo, y el salto dando, entre las ondas
Despareció fugaz... Entónce al viento
De lástima y terror hondos gemidos
De la apiñada multitud se alzaron,
Que tristes, por el eco repetidos,
Hasta en Lesbos dolientes resonaron.

Tú lloraste, oh Grecia, y esos ayes,
Ese llanto del alma
Que tierna consagraste á su memoria,
Son de su triunfo la brillante palma,
Son digno lauro á su esplendente gloria.
Ellos de siglo en siglo resonando,
El talento profundo
De la insigne poetisa y los amores
Publicarán al mundo,
Y las almas sensibles conmovidas
Lamentarán su suerte y sus dolores.
¡Ah! yo tambien la lloro: dulcemente
Me siento al recordarla eternecido,
Y el fuego no extinguido
Renacer del amor siento en mi pecho.
¿Tanto la ardiente inspiración alcanza?
Sí; que en acerbas lágrimas deshecho
Á su divina voz triste suspiro,
Ó dichoso respiro
El hálito inmortal de la esperanza.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.



«FERNAN CABALLERO.»

Dibujo y grabado de D. TOMÁS POVEDANO.— (Copia de fotografía, á la manera de un agua fuerte de Mauricio Leloir.)

¿QUIÉNES SON LOS MÁS EMINENTES

ENTRE LOS POETAS
NACIDOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA?

Todos los libros que se han escrito desde la invencion de la escritura hasta nuestros dias, y todos los que se escriban desde el momento presente hasta la consumacion de los siglos, se pueden clasificar en tres clases; á saber: libros en que *predominantemente* se investiga ó se expone la verdad, libros de instruccion, obras científicas; libros en que *predominantemente* se expresa la belleza por medio de la palabra, libros de recreo, obras poéticas, y libros en que se busca la compenetracion de la verdad y la belleza, que generalmente reciben el nombre de obras oratorias. Á juicio del que esto escribe, los autores de obras científicas debieran ser conocidos con el nombre de *pensadores*, porque el pensamiento reflexionando es el origen inmediato de las investigaciones de la ciencia; y los autores de obras poéticas (áun cuando estén escritas en prosa, como las novelas y muchas comedias, dramas y áun tragedias), deben ser llamados *poetas*, esto es, creadores de obras bellas, cuya lectura produce el más generoso de los goces del espíritu, el desinteresado placer de la contemplacion estética del *esplendor de la verdad*, que esto, y no más, es la belleza.

Eran necesarios los preliminares que acabamos de exponer para que no cause sorpresa una parte de nuestra contestacion á la pregunta que sirve de título á este artículo; puesto que, en nuestro sentir, el más eminente de los poetas nacidos en la península es Miguel de Cervantes Saavedra, como autor de *El Quijote*, poema en el cual ya se dice que «la épica tan bien podia escribirse en prosa como en verso;» y poema en cuyas páginas, *escritas en prosa*, hay mas poesia, esto es, hay más belleza que en el mayor número de los libros que están escritos en verso. Por semejante manera tambien nos parece que, comparando entre sí las obras escritas en verso, *El Romancero* con sus romances, donde se mezclan los asonantes y los consonantes, es superior al *Arauco dorado*, de Pedro de Oña, ó al *Cárolas famoso*, de D. Luis Zapata, por más que estos poemas estén escritos en las artificiosas y clásicas octavas reales.

Y pasando á ocuparnos de la *épica en verso*, el más difícil de los géneros literarios, como lo prueba el escasísimo número de poemas épicos que alcanzan el doble y necesario aplauso de los doctos y del vulgo; ¿quién negará á Luis de Camoens el título de Príncipe de los poetas épicos nacidos en nuestra Península? ¿Quién negará que *Os Lusíadas* es el más épico y el más nacional de los poemas que se han publicado en la Edad Moderna? Al lado de los dos grandes poetas épicos nacidos modernamente en Italia, el Tasso y el Ariosto, sólo puede colocarse á Luis de Camoens, al insigne cantor de las glorias ibéricas. Y decimos glorias ibéricas, porque no son glorias exclusivamente portuguesas, ni españolas; las expediciones marítimas y las conquistas terrestres de los siglos XV y XVI, llevadas á cabo por Portugal y España; son glorias que corresponden á los dos pueblos peninsulares, y esta compenetracion del portentoso destino de la raza ibérica, parece que se ve confirmada en el primer viaje de circunnavegacion del mundo, comenzado por el portugués Fernando de Magallanes y concluido por el vascongado Juan Sebastian de Elcano.

De seguro que en el *Album Calderoniano* no se preguntaría quiénes eran los más eminentes entre los poetas nacidos en nuestra Península, si no ocupase un puesto entre estos soberanos ingenios el insigne autor de *La Vida es Sueño* y de *El Alcalde de Zalamea*, á cuya memoria se hallan consagradas todas las páginas de este libro. En efecto, don Pedro Calderon de la Barca está universalmente reconocido como el más ilustre entre los más ilustres escritores dramáticos nacidos en la península Ibérica.

Vemos, pues, que en la novela, la épica y la dramática, se halla elevadísimo representada nuestra moderna literatura peninsular por tres genios de primer orden: Cervantes, Camoens y Calderon. En la lírica nosotros no encontramos ningun poeta portugués ni español cuyo mérito sea tan superior que le eleve muy por cima de todos los ingenios peninsulares que han cultivado este género de poesia. No hay que decir que

aquí no nos ocupamos de los poetas líricos del siglo XIX, como tampoco hemos tenido en cuenta las producciones de nuestros novelistas, poetas épicos y autores dramáticos contemporáneos al hacer las anteriores clasificaciones.

No á la altura de los tres grandes genios que dejamos citados, pero sí muy cerca de ellos, cabria colocar á aquel portento de fecundidad poética, el justamente llamado Fénix de los ingenios, Lope de Vega; al satírico censor y notable polígrafo Quevedo; á los grandes autores dramáticos Tirso de Molina, Alarcon, Rojas y Moreto y quizá D. Guillen de Castro; y despues vendria esa pléyade de áun muy estimables poetas líricos y épicos, cuyos nombres de continuo se citan: Garcilaso, Sa de Miranda, Ercilla, Córte-Real, Fray Luis de Leon, Herrera, Virués, Balbuena, los Argensolas, Ausias March, Góngora y algunos más.

Gloria, y gloria grande, es para la península Ibérica contar entre sus hijos á un novelista, Miguel de Cervantes Saavedra, que al decir de la ilustre escritora Emilia Pardo Bazan, «en su terreno es rey; y ni reconoce superior que lo mande, ni rival que lo eclipse, ni ingenio que al suyo se compare;» á un poeta épico, Luis de Camoens, que, segun la autorizada opinion del sabio alemán Federico Schlegel, es superior en mérito al Tasso y al Ariosto; y un autor dramático superior, en sentir de algunos pocos, é igual, en opinion de muchos, á ese genio del arte llamado Guillermo Shakespeare, á un autor dramático, D. Pedro Calderon de la Barca, cuyo mérito, áun los criticos más severos, sólo le consideran sobrepajado por el de Sófocles y Shakespeare. ¡Gloria eterna á la península Ibérica, que se halla representada en las más altas cumbres del arte literario por tan extraordinarios, por tan eminentísimos escritores!

Honremos á nuestra patria recordando de continuo la inmortal gloria de sus tres mayores poetas: *Cervantes, Camoens y Calderon*.

LUIS VIDART.

Madrid, 3 de Julio de 1881.

ESTUDIOS LITERARIOS

SOBRE

GÓNGORA Y EL CULTERANISMO

No en balde se ha llamado á nuestro siglo siglo de crítica y exámen, considerando hasta qué punto ha querido llamar ante su tribunal todas las obras del espíritu humano, en todos los períodos de la historia. Testimonio puede ser esta tendencia, más de decrepitud, que de virilidad y energía, pues la experiencia de todos los tiempos acredita que mientras ha habido genio creador y rica vena, la humanidad no ha sido crítica ni preceptista, y sólo cuando la inspiracion ha faltado, y ha caído la lira de las manos del poeta, ha podido ser empuñado el escalpelo del analítico, ó el látigo del Aristarco. Necesario es, sin embargo, que la humanidad tenga conciencia de sí misma y de sus obras, para su enseñanza y correccion; pero esta misma tendencia crítica, que reducida á justos límites es importantísima y respetable, cuando se extrema y universaliza, sin consideracion ni áun á lo que está colocado muy por cima de sus fallos, contrae una gravísima responsabilidad al producir la vacilacion y el escepticismo en las más altas esferas de la vida.

Frecuentísimo es, por otra parte, encontrarnos perplejos ante los encontrados juicios que la crítica ha emitido sobre un hombre ó sobre una obra literaria, al ser analizados por los opuestos bandos, que han creído, sin embargo, emitir un dictámen decisivo y poco ménos que infalible. Testimonio elocuente de esta verdad lo encontramos en la cuestion propuesta y en los antitéticos fallos que el gran poeta cordobés ha merecido de sus criticos y comentadores. Seguramente ha sido Góngora el poeta que ha levantado más encontradas opiniones, y si bien esto da una prueba de su inmensa valía, habria de procurarnos graves dificultades al tener que señalar un juicio acertado y seguro sobre las condiciones de su indisputable genio y el mérito de sus obras. Nuestra mision, por fortuna, no alcanza sino indirectamente á estos extremos, debiéndonos concretar tan sólo á señalar la responsabilidad que pueda corresponderle ó el tanto de culpa que deba alcanzarle, *en frase jurídica*, de la corrupcion literaria de su tiempo.

Para los que profesan la creencia de que no hay un hecho en la historia, por insignificante que parezca, que no tenga su antecedente que lo explique;

para los que creen que estos hechos vienen á la vida de la humanidad con una necesidad lógica indisputable, preparados y anunciados por premisas y circunstancias ocasionales que determinan su advenimiento y realizacion, la cuestion que nos ocupa no ofrece serias dificultades: Góngora, bajo este criterio, no es causa exclusiva ni originaria de la corrupcion literaria de su tiempo, si bien por la reciprocidad y solidaridad humana, este poderoso genio, influido por las corrientes de perversion y mal gusto, ya anteriores á su siglo, influyó á su vez, y de una manera poderosa, en esta torcida marcha de los espíritus en aquel período. Tras él marchaban muchos, pero muy singularmente la turba multa de poetas é imitadores contemporáneos, que es privilegio del genio arrastrar en pos de sí, y hasta en sus extravíos, á las inteligencias inferiores, más fáciles imitadoras de las extravagancias y defectos que de las verdaderas bellezas y rasgos geniales, que requieren más perfecta organizacion para ser sentidas y apreciadas. Esta afirmacion, que no hacemos sino insinuar aquí, y cuya explanacion será el objeto de nuestro trabajo, se confirma más y más al considerar de qué manera invade la corrupcion y el mal gusto casi todas las direcciones estéticas y hasta qué punto se generalizan y extienden por todo el mundo civilizado estas mismas corrientes corruptoras y enemigas de la verdadera belleza artística.

Es natural y se concibe fácilmente, desde que hay una vida comun, por decirlo así, en las esferas intelectuales, entre todas las naciones civilizadas, que ningun país pueda permanecer aislado y exclusivo en su marcha y tendencias literarias y científicas, y fácil y evidentemente se alcanza que debe haber reciproca y señalada influencia que generalice y modifique los rasgos individuales y exclusivos, sin absorber por esto en una unidad, comun é indistinta, los caracteres y fisonomía propios que mantienen la variedad en todos los órdenes de la existencia. Así se explica que mientras España es víctima del llamado gongorismo, Italia sigue á su vez corrientes análogas en Marini y áun en el Tasso y otros genios inferiores; Alemania adopta la escuela de Lohensstein; Inglaterra el eufuismo, y Francia el estilo de las preciosas, todas ellas con iguales caracteres que la direccion literaria á que dió nombre el poeta cordobés.

De otra manera, y á no encontrarse apoyado y auxiliado este mal gusto por la marcha y ejemplo general de las naciones civilizadas de Europa, reducido á una sola nacion, no hubiera podido prolongarse y al cabo hubiera encontrado su correctivo y limitacion en el buen ejemplo y oposicion de las demás naciones. No hubiera traspasado seguramente á la elocuencia sagrada, que especialmente en Italia llegó á un grado inexplicable de depravacion y mal gusto, que preparó el gerundianismo español, ni alguna de las artes plásticas, con Churriguera por ejemplo, hubiera despues reflejado en la acumulacion y embrollamiento del exorno, el conceptismo y extravagancias del culteranismo literario. No anticipando ideas que tendrán lugar más oportuno, debemos sí hacer constar que el germen de estos lamentables extravíos arranca de mucho más alto, pudiendo asegurarse, con la mayor parte de los criticos y tratadistas, por lo que respecta á nuestra España, que en la lucha primitiva entre la poesia nacional y espontánea y lozana como la flor que brota inculca entre las zarzas y espinas del sendero, y la poesia clásica é imitadora, que los llamados petrarquistas importaron, se encuentra el principio de esta corrupcion literaria, motivada principalmente por el excesivo predominio del elemento imitador y clásico en que se extraviaron genios tan eminentes como el gran poeta cordobés.

El renacimiento, que tan poderosa influencia tuvo en todas las literaturas del mundo civilizado, alcanzó tambien á nuestro suelo, modificando esencial y profundamente nuestro desarrollo literario. Mantuvieron poderosamente esta influencia las comunicaciones con Italia, cuya cultura y adelantamiento hizo necesariamente que sus formas literarias y más perfecta metrificación se ofrecieran á los ojos de nuestros poetas de aquel tiempo como modelos dignos de imitacion eficaz, empezando con Boscan y Garcilaso la revolucion literaria, y la empeñada contienda en que tuvo la peor parte nuestra poesia original, una vez puestos á servicio de la importacion é imitacion extranjera nuestros más preclaros ingenios.

Nombres ilustres hay en nuestras patrias letras que señalan el feliz consorcio entre la inspiracion nativa y espontánea, producida al calor del sentimiento y genio nacional, y las formas clásicas y extranjeras, indudablemente más variadas y correctas que las empleadas por la poesia puramente castellana. Fray Luis de Leon, Rioja y algunos otros, dan de ello testimonio, y grandes poetas españoles estragados por el mal gusto culterano, como nuestro mismo Góngora, tienen brillantes excepciones en muchas de sus composiciones literarias, acreditando así la riqueza de su estro poético y la extension de su genio.

Las mismas obras del vate cordobés reputadas más extravagantes y exageradas, como sus *Soledades* y *Polifemo*, ofrecen pasajes que honrarian á los más famosos poetas de cualquier siglo, que ninguno aventajó en ingenio y flexibilidad á nuestro Góngora mientras caminó por la senda del buen gusto. Hasta en las mismas obras en que aparece entregado á la más exagerada demencia, se encontrarán trozos de altísima sublimidad y de brillantísimo colorido poético, que no resistimos al deseo de indicar, aunque nos desviemos un momento de nuestro propósito.

(Se continuará.)

ELOY GARCÍA VALERO

LAS GLORIAS LITERARIAS

DE LA NACIONALIDAD IBÉRICA

Allí están, en el templo de la fama,
De mi patria los tres genios gigantes,
El novelista y dramaturgo insigne,
Y el épico cantor, Camoens el grande.

Y allí también está, la ciencia ibera,
En su frente irradió pura y brillante
Al vislumbrar que la razón humana
Es de la realidad norma inmutable.

¡Cervantes, Calderon, Camoens y Lulio!
Castilla, Portugal, las Baleares
Os proclaman sus hijos predilectos
Y ensalzan vuestros nombres inmortales.

¡Justo tributo al genio! Mas no olviden
De la ibera nación las varias partes,
Que la unidad genial de sus poetas
En perenne razón ha de fundarse.

¡Iberia! ¡Patria de tan grandes genios!
Si tu unidad perdida recobrases,
Pronto vieras que el alma de tu alma
Vive en las letras vida perdurable.

LUIS VIDART.

Madrid 22 de Agosto de 1881.

LA COLCHA VERDE

A LAS MUCHACHAS CASADERAS HABIDAS Y POR HABER.—POR LA CUENTA QUE PUEDE TENERLES.—DEDICA ESTA HISTORIA VULGAR, QUE ES UNA VULGARÍSIMA HISTORIA, EL AUTOR.

Más vale pájaro en mano que buitres volando.
(AXIOMA POPULAR.)

Era juéves, estaba yo en Sevilla y, como siempre que he estado y que lo ha sido, me levanté más temprano que de costumbre, almorcé aprisa y, haciendo recuento de las pocas pesetas que el mezquino bolsillo estudiantil albergaba, me dirigí á buen paso hácia la calle de la Feria, deseoso de hallar una buena ocasión para emplearlas, bien comprando por dos alguna obra rara ó algún manuscrito curioso, bien dando cuatro por un mediano bronce de Helvio Pertinax ó por un objeto de cerámica ó glíptica, ó ya llevándome por seis ú ocho una tabla ó un lienzo que valiera muchas más. En una palabra: iba á caza de gangas, y ningún lugar más apropiado para ello que el semanal y abundantísimo mercado que en Sevilla se conoce con el nombre de *el Juéves*, por ser éste tradicionalmente el día en que se efectúa.

Yo, apreciables lectores, tengo la desgracia—que por tal la tengo y tal soy desgraciado—de no ser rico por mi casa ni por la ajena, y no puedo, por lo tanto, satisfacer á todo costo la afición que profeso á los libros, á los cuadros y á todo linaje de antigüallas; pero como, según dicen, contra siete vicios hay catorce virtudes, suelo obviar la dificultad antedicha, acudiendo á *el Juéves* y á otros sitios por el estilo, medio al cual debo el poseer, entre otras cosas, un ejemplar de la primera edición del *Laurel de Apolo*, que me costó una peseta; unas *Antigüedades de Sevilla*, por Rodrigo Caro, que me costó nueve reales vellón; un cuadrito de Velazquez, adquirido por señas de un duro, aunque no sin la botijuela de ocho cañas de manzanilla, y un precioso cuanto pequeño camafeo romano, por el cual di dos reales, si bien puede valer trescientas veces más. Y digan lo que quieran leguleyos y moralistas: que ni aquellos contratos se han de rescindir por lesión, ni esos graves señores en mi lugar hubieran perdido el tris de adquirir á tan bajo precio tan preciosos cachivaches; amén de que yo soy aragonés de afición y de carácter, si no de naturaleza, y á un aforismo del derecho aragonés me atengo, según el cual *tanto vale la cosa en cuanto se vende*.

Llegué á *el Juéves* y comenzaron mis disquisiciones. Examinando aquel repleto almacén de baratijas y trastos de todas las formas, de todos los colores y de todas las épocas, echados á la calle, en su mayor parte, por esos dos tiranos inexorables que se llaman la miseria y el crimen, cualquiera puede convencerse de que en el mundo todo sirve, cuando ménos, de estorbo. Y ¡á qué consideraciones no se presta cada uno de los innumerables objetos que

componen la revuelta confusión de aquel *mare magnum*! ¡De cuántas aventuras galantes, de cuántos crímenes, de cuántas dichas, de cuántas lágrimas, de cuántas miserias habrán sido testigos!

Reparad en aquellas viejas botas de montar y decidme si sus rotas puntas no parecen deformes bocas que se contraen por una mueca arrancada por el dolor, ó que sonríen triste y filosóficamente. «¡Quantum mutatus ab illo!» parecen estar diciendo con ese forzado gesto á aquel loro que acaba de comprar un inglés. Y el loro no hace más que gritar desafortadamente: «¡Cármén...! ¡Cármén...!» como pidiendo auxilio contra su nuevo amo. ¿Quién sería esa Cármén á quien el loro llama? Imagináos una muchacha lindísima, con mejillas como rosas y labios como cerezas; ó una vieja impertinente y regañona de las de que el diablo dijo: «hartas tengo;» ó una maritornes zafia y ajoliente, émula digna de aquella á cuya lascivia el manchego héroe de Cervantes debió ocasión para probar la virtud del portentoso bálsamo de Fierabrás. Imagináos lo que queráis; la voz del loro os suministra el lienzo: pinte en él vuestra fantasía la figura que mejor le plazca.

Aquí, cerca del retrato de un caballero, ejecutado al óleo por notable artista, y colgado de un clavo en la pared, una cuña de nogal; y más allá, entre unos cuantos libros desparramados por el suelo, unos zapatitos de charol, que podrían caberme en la palma de la mano. Posible es que esos objetos estén ligados entre sí por los vínculos de una sola historia: bien puede ser que, muerto el niño para quien se hizo aquella cuna y muerto después su padre, original de aquel retrato, la inconsecuente esposa, al contraer nuevo matrimonio, haya echado de la casa aquellos dos muebles y los zapatitos del niño y los libros del padre, como ha echado de su corazón el amor que al hijo y al esposo profesaba. Mirad, si no: un caballero que da el brazo á una elegante señora se acerca á la vieja manta sobre que están esparcidos esos objetos; la señora, al ver el retrato, palidece; baja los ojos, y tropieza su vista con la cuna; mira á otro lado, y encuentra aquellos libros y aquellos zapatitos de charol. Entonces el rubor de la vergüenza asoma á su rostro y la hace tirar del brazo á su acompañante, exclamando con visible mal humor:

—¡Anda! ¡Qué gusto de examinar tanto trasto viejo!

Ahora bien, ¿quién dice que esa mujer no es la misma que estampó mil cariñosos besos en los labios del original de aquel retrato y la que tantas veces, al compás de ternísimos cantares, mecía aquella cuna, hoy vacía como nido abandonado? ¿Quién asegura que esa mujer no ha estrechado contra su pecho desnudo aquellos pequeños zapatos, para prestar calor á los piecitos que en ellos se guardaban? ¿Quién afirma que esa mujer no reconoce en aquellos libros empolvados los mismos libros que alimentando primero, en vigiliias sin número, la inteligencia del que había de ser su marido, subvinieron después á las necesidades de la familia? Ni ¿quién podría probarme que áun las comodidades que esa mujer disfruta actualmente, y la carretela en que pasea, y el palco que ocupa en la ópera, y todo, en fin, no lo debe á aquellos libros que hoy llama *trastos viejos*? ¡Miserable condición humana, qué ingratos nos haces y qué olvidadizos!

Á estas y á otras análogas consideraciones iba yo entregado, sin dar con cosa que á mi ver mereciera la pena de sacar algunas monedas del bolsillo,—que pena y quebranto me costó siempre sacarlas,—cuando hé aquí que, puesto de canto sobre una mesa y descuadernado á puro apretón en que lo tenían la *Summa Theologica* por un lado, y por otro un infolio de las Obras de San Agustín, encontré nada ménos que un ejemplar de mi libro *semiverde* titulado *Entre dos luces*, al que seguramente los dos archicristianos libros predichos se habían propuesto castigar con penas *corporis afflictiva* por los pecadillos cometidos por su autor y, sobre todo, por los que la endiablada lectura de la obrilla hubiera hecho cometer. Y en verdad, en verdad digo que nunca como en aquella ocasión he visto tan justificado el título de ese libro mío, al cual por primera vez veía *entre dos luces*—y me quedo corto—del más puro y ortodoxo catolicismo. Ajusté el rescate de aquel tan mal parado como mal parido librejo y eché á andar aprisa, pesaroso de no haber hallado cosa más de pro.

Cerca de la calle de Regina tuve á mi pesar que pararme: la gente la obstruía, estrechándose en semicírculo junto á algo que yo no podía ver. Formé parte del grupo y, empujón va y codazo viene, logré ponerme en primera fila, no sin oír algunas originales y picarescas imprecaciones, de esas que tan sólo se dicen en la *tierra de María Santísima*.

Causaba aquella curiosidad una viejecita que, sentada en el suelo y contra la pared, tenía sobre las rodillas una mediana caja de madera, y en ella, mal doblada, una gran tela de raso que quizás había sido verde, pero que á la sazón tenía ese color *sui generis*

á que, con tanta propiedad como gracia, se suele llamar color de ala de mosca. No había en nada de esto particularidad alguna que justificase, ni siquiera disculpase, la aglomeración de personas en aquel lugar; pero sí había en que la viejecita acababa de sufrir un desmayo, del cual había vuelto, según me informó un bien empastillado macareno, gracias á un sustancioso sopicaldo suministrado por la dueña de una de las casas inmediatas. Al llegar yo, la pobre anciana, áun más trémula por la gratitud que por la debilidad, exclamaba, acompañando sus frases con sendos sollozos:

—¡Dios se lo pague y se lo aumente de gloria á esa buen alma; que ya hacía veinticuatro horas que no entraba por esta boca la gracia de Dios! Y de todo tiene la culpa esta malvada colcha.... ¡Maldito trapo, que ha sido la ruina de toda mi vida, y, cuando al fin de ella me determino á venderlo, no hallo quien me dé por él ni tampoco una sed de agua! ¡Maldito trapo, y mal haya la pícara hora en que me lo dieron!

Y esto dicho, la pobre mujer rompió á llorar desesperadamente.

—*Agüela*,—dijo entonces con voz aguardentosa el macareno de las patillas, inclinándose con filial solicitud sobre la anciana, y atusando hácia la ceja el pelo de la sien:—*éjese usté e yantos*, que *mos va usté á poné el arma en un jilo*: y *manque* yo tengo las *sentrañas e un martiyo*, me *jase usté* que *m'acuerde e la probecita e mi bata*, que era *tamien una viejecita más saláa* que las pesetas, y.... ¡Por *via é Dió!* ¡Pos no estoy *yorando* lo *mesmito q'un chorré*...!

Y era verdad: por las tostadas mejillas de aquel hombre resbalaban dos gruesas lágrimas.

—¡Ea, *cabayeros!*—prosiguió, quitándose el aliacho sombrero:—Aquí no hay más amparo que *ajuntarte á esta probe mujé pa que puea matá la jambre una osena é días*. *Ayá van tóos mis caudiales*, y que *er só no m'alumbre* si no es *verdá* que me *queo sin jumá toa* esta semana.

Y echando en su sombrero unas cuantas monedas de bronce, comenzó á hacer la colecta entre los circunstantes.

Yo, que á más de sentirme conmovido por la desgracia de la anciana y las palabras de aquel buen hombre, había vislumbrado, en las exclamaciones con que la pobre mujer apostrofaba á la colcha, una historia quizá curiosa y original, eché en la improvisada bandeja cuanto dinero llevaba y, cuando se dispersó el grupo, y la anciana, puesta en posesión de la cantidad recaudada para ella, se disponía á marcharse, le dije:

—Buena mujer, tendrá usted inconveniente en contarme la historia de esa colcha?

—Ninguno, caballero,—me contestó,—y ménos si, como colijo, la quiere usted saber para ponerla en letra de molde.

—Efectivamente: no se ha equivocado usted.

—Pues me alegro de que sea para eso; de este modo no será perdido el fruto de mi relación, pues podrán aprovecharlo y escarmentar en cabeza ajena todas esas loquillas que, porque tienen un palmito regular, creen merecer el oro y el moro, sin saber las muy tontas que, como dice el refrán, la flor de la hermosura poco dura, ni que poniéndose en un lugar adonde los de infantería no llegan y los de caballería pasan de largo, se quedarán para vestir santos, pero nó chiquillos. ¡Cuánto más les había de valer á esas atolondradas caminar hácia el *Casar*, aunque tuviesen que pasar por *Consuegra*, y hacer feliz al primer muchacho honrado que les dijese «aquí estoy yo!» Si así hubiera yo obrado, otro gallo me cantara y no me vería como me veo; que más quisiera no verme que verme así.

Parecióme algo zumbona y no desprovista de ingenio la viejecita, quien con su alegre cháchara probaba la verdad de aquel refrán que dice que los duelos con pan son ménos; y regodeándome yo con la idea del relato que iba á escuchar, y guardando ella su dinero como oro en paño, emprendimos juntos el camino de mi casa.

Ya en ella, y sentados cómodamente junto á mi mesa de estudio, puse unas cuantas cuartillas sobre mi carpeta, y sin gran prisa, porque la vieja hablaba despacio, escribí la siguiente historia, en la cual no me he permitido hacer sino muy leves alteraciones en cuanto á la forma, pero nunca en cuanto al fondo.

(Se continuará.)

F. RODRIGUEZ MARIN.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por El Dómine Lucas—Latour, por D. J. M. Asensio.—La muerte de Safo, poesía, por D. José Lamarque de Novoa.—¿Quiénes son los más eminentes entre los poetas nacidos en la península Ibérica? por D. Luis Vidart.—Estudios literarios sobre Góngora y el culteranismo, por D. Eloy García Valero.—Las glorias literarias de la nacionalidad Ibérica, poesía, por D. Luis Vidart.—La colcha verde, por D. F. Rodríguez Marin.

ILUSTRACIONES.—Fernán Caballero, dibujo y grabado de don Tomás Povedano, copia de fotografía, á la manera de un agua fuerte de Mauricio Leloir.

SEVILLA.—Imp. y lit. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.